

PALABRAS

PRONUNCIADAS POR

F. JIMENEZ ARRAIZ

en la Academia de la Historia, en el acto de entregar
en 1913 el retrato de José Enrique Rodó, regalo
de la Junta Directiva de la Fiesta de la Raza.



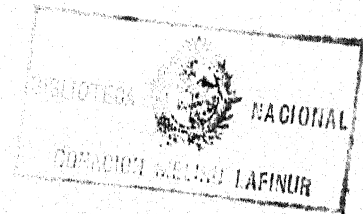
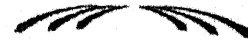
CARACAS
TIPOGRAFIA "COSMOS"
1913

PALABRAS

PROMUNCIADAS POR

F. JIMENEZ ARRAIZ

en la Academia de la Historia, en el acto de entregar
a esta el retrato de José Enrique Rodó, regalo
de la Junta Directiva de la Fiesta de la Raza.



82.450

52.978

CARACAS

TIPOGRAFIA "COSMOS"

1918



Señores Académicos:

Venimos a cumplir una gratísima comisión ante vosotros, a nombre de la Junta Directiva de la Fiesta de la Raza para la cuarta celebración del descubrimiento de América: venimos a traeros el retrato al óleo de José Enrique Rodó que ella le regala a esta ilustre Corporación y con el cual habéis tenido la generosidad de permitirle asociarse al homenaje que habéis dispuesto tributar a la memoria del eminentísimo uruguayo.

Llega esta efigie, señores Académicos, a exornar este recinto, como uno de los más nobles símbolos del legítimo ideal de esta festividad que celebramos hoy, desde luego que José Enrique Rodó ha alcanzado a ser definitivamente dentro de nuestra época, el más fuerte, significativo y alto

exponente del alma hispánica en la germinación espiritual del suelo americano, y habrá de ser ante las generaciones del futuro, en el recuento de los valores humanos por la significación de cada uno en el valor de la obra universal, cuando al hablar de España se diga de la aventura de sus carabelas, el éxodo de su bandera, la hazaña de su espada, el triunfo de su cruz y el canto de su lengua en las tierras y los mares del continente americano, la demostración más precisa y clara de que, según sus propias palabras, “gran civilización y gran pueblo, en la acepción que tiene valor para la historia—son aquellos que, al desaparecer naturalmente en el tiempo, dejan vibrante para siempre la melodía surgida de su espíritu y hacen positivo en la posteridad su legado imperecedero—según dijo Carlyle del alma de sus héroes—, como una divina porción de la suma de las cosas”.

Y aquí la idea de raza en un concepto amplio y hondo, para los que no quieren ver sino en el músculo y el osambre, como la parte grosera y tosca de una ánfora de preciosas esencias, lo que otros encuentran recóndito pero esencial y puro, como el aroma incoerupto de una floración de nardos en la maraña de una selva inextricable.

Hijo de esta tierra virgen de la América española, él se esforzó en infundir en el alma de las generaciones actuales para las que les vienen en pos, el más hermoso concepto del valor y la importancia que en la obra del hombre y la evolución de los pueblos tiene, como ambiente y palanca, la alegría y el entusiasmo juvenil, poniendo así el germen de una vigorosa esperanza en el corazón de estos países hispánicos de América, cuya vida, por fortuna compensadora de sus caídas y sus calvarios, aun no ha salido de una hermosa adolescencia.

Cómo no habían de llegar prontamente galardones como éste, que lo hace ícono de nuestra admiración y nuestro culto espiritual, para la memoria solar de este redivivo representante del alma de América, transformado, al paso por las entrañas de la muerte, cual forja de gloria, como por la fragua ardiente el oro puro de un joyel de Benvenuto.

Ese el punto de mira que tuvo la Junta Directiva de la Fiesta de la Raza en este año, cuando pretendió asociarse al propósito de esta Academia acordando la colocación del retrato del insigne hispano-americano en su Salón de Sesiones; y ya sabemos que no sólo eso tuvo en cuenta esta Corporación en tan

hermoso pensamiento, sino lo que particularmente significa para el país venezolano ese períncrito, que, por el más cuidadoso ennoblecimiento interior en el amor y la admiración de la belleza, llegó a poseer el más alto sentido de lo bello, hasta concebir la ley moral como una estética de la conducta, ennoblecir la caridad dándole la forma de una dulce e inefable caricia, reputar el sentimiento del deber como el placer de una armonía, tener el mal y el error como una disonancia, ver en la virtud un arte divino. Ese mérito consiste en haber llegado él a sentir tan de lleno, como en el seno de una intensa armonía, la singular vibración melódica del alma de Bolívar, hasta consustanciarse con ella, “unimismarse” con ella, como la armónica conjunción de dos cadencias, y así encontrar en nuestro Héroe, el insuperado Héroe Epónimo de nuestra América, el tipo incólume de la más enérgica belleza espiritual en alma de Paladín, contemplándolo, “Varón estético”, erguido para siempre en la serena magestad del bronce, “del bronce frío y perenne, que ni crece, ni mengua, ni se muda”, y pareciéndole solamente fallo de magnitud el pedestal, para realzarlo, como quien exaltase sobre soberbias moles, que ya eran ciclópeo basamento, un bloque de oro el más

pero de su América, se puso él mismo, no sólo con sus hombros, sino todo entero, porque, según su concepto, cuando diez siglos de gloria y cien generaciones plétóricas de grandeza hayan pasado del Anahuac al Plata, todas verán que “en la extensión de sus recuerdos de gloria nada es más grande que Bolívar.”

